

EN BUSCA DEL PLAN

RELATO DE EXPERIENCIA

Tomás Hirsch
Invierno de 2012
Parques de Estudio y Reflexión Punta de Vacas

A manera de introducción

El presente escrito puede parecer un tanto extraño, no solo por su contenido, sino que sobre todo porque quienes conocen al autor, saben de su actividad política y social que lo ha llevado a ser candidato a la presidencia de la república en su país y vocero del Humanismo en Latinoamérica, y por sus escritos que versan sobre temas políticos, económicos y sociales. Por lo mismo los relatos del presente volumen pueden resultar sorprendentes y extraños para un lector influido por esta cultura actual, parcializada y pragmática, en la que se ha externalizado la mirada y a la gente se la ve en “dos dimensiones” y carente de toda profundidad.

Pues bien, sucede conmigo como con todos los seres humanos. Somos mucho más que aquella función por la que se nos conoce públicamente. Somos mucho más que la actividad que desempeñamos en el mundo. Un oficinista no es sólo ese hombre que vemos sentado todo el día frente al computador o atendiendo llamados. Tiene otros intereses probablemente mucho más importantes y valiosos para él. Una profesora enseña, pero también es madre, amiga, lectora y quizás participa de una actividad espiritual canalizando en ella sus búsquedas más profundas. En cada hombre y mujer habita un ser que orienta su vida impulsado por búsquedas y sospechas, por intuiciones y certezas, y sobre todo por preguntas que agujonean su espíritu en busca de Sentido. Preguntas fundamentales que no termina nunca de responder y que sin embargo lo van guiando por la vida: ¿Quién soy? ¿Hacia dónde voy? ¿Cuál es el Sentido de mi vida? ¿Qué es la muerte, y que hay más allá de ella? ¿Qué pasará cuando ya no esté acá, en esta vida que conozco o creo conocer?

Son estas y otras interrogantes las que han motivado e inspirado estos breves relatos. Es la dificultad para encontrar las respuestas lo que me ha impulsado a ir más allá, más adentro, más profundo, en busca de alguna luz que me ilumine. El título en realidad es también una pregunta que de algún modo es la síntesis de mis búsquedas. Comprender el Plan, comprender qué es la vida y cuál es su Sentido. Más bien, intentar comprender.

Y cada uno de los relatos es un esbozo de respuestas, un chispazo de fragmentos de respuestas. Estos escritos son sospechas, son intuiciones, son también experiencias rozadas.

La mayoría de ellos los escribí entre los años 2003 y 2009 mientras realizaba la Disciplina Energética¹ y en los primeros años de mi trabajo de Ascesis² y evidentemente son una expresión o traducción de

¹ En las cuatro Disciplinas se realiza un proceso interno de transformación. El trabajo Disciplinario es calmo y se plantea sin plazo fijo, tratándose más bien de un camino que se recorre durante toda la vida.

esos trabajos. Algunos provienen de sueños, otros nacen de momentos de gran inspiración y varios son el resultado de recorridos internos conocidos como *exploratorias*³.

En algunos de ellos me encuentro con objetos de gran significado en diversas culturas, como el Yoni Lingam^{4/5}. En otros experimento con intensidad la Fuerza^{6/7} recorriendo mi cuerpo. Y en todos los

Para entrar en las Disciplinas se debe llegar a penetrar el lenguaje de las mismas. Este es un punto importante. No se puede entrar en tema sin una ubicación mental próxima a la que dio lugar al desarrollo de esas actividades. No se puede penetrar en los mundos de la poesía o de la mística trasladando lenguajes o dando explicaciones que no se corresponden con las experiencias propias de aquéllos.

Cuando hablamos de la Disciplina Material trabajamos los objetos externos y la materia del propio cuerpo, tratando de desestabilizarlos. Cuando hablamos de la Disciplina Energética nos referimos a la energía psicofísica: su generación, desplazamiento y transformación. Cuando hablamos de la Disciplina Mental nos referimos al trabajo con los distintos actos mentales que se refieren a objetos mentales. Cuando hablamos de la Disciplina Formal nos referimos al proceso de las formas, trabajando en su formación y transformación en el interior del operador.

La Disciplina Energética busca sus raíces en el Asia Menor desde donde el orfismo y el dionisismo se propagaron hacia Creta y Grecia sufriendo importantes modificaciones hasta que fueron abolidos por el Cristianismo triunfante. También en algunas líneas shivaítas y del tantrismo, se pueden rescatar fragmentos de una experiencia extraordinariamente rica.

Las cuatro Disciplinas trabajan con rutinas que se repiten en cada momento de proceso (paso), hasta que el operador obtiene el registro indicado. Todo el proceso está convencionalmente organizado en doce pasos separados en tres cuaternas. Así como cada paso tiene una designación que aproxima a la idea del registro buscado, cada cuaterna señala un significativo cambio de etapa.

Las Disciplinas llevan al operador en la dirección de los espacios profundos. Concluido el proceso Disciplinario se está en condiciones de organizar una Ascesis despegada de pasos, cuaternas y rutinas.

(Las cuatro Disciplinas -Centro de Estudios Parque Punta de vacas/ Producciones)

² La Ascesis es un camino de toda la vida, que va tendiendo a la superación del "yo" para entrar a los espacios profundos de lo sagrado.

Cuando uno arma la Ascesis pone adelante lo que uno quiere lograr al final: transformarme en tal dirección. El Propósito de la Ascesis es el acercamiento a esos espacios o a vivir en esos espacios tan significativos para uno. Se aspira a ir a un mundo que no sea el cotidiano, de realidades más altas, un mundo que se quiere alcanzar.

En algunas religiones la Ascesis era una oración o la contemplación de una forma geométrica con una cierta dinámica interna o una palabra o un sonido como el "OM".

La Ascesis está siempre relacionada con una mística. Se va armando en proceso y se va perfeccionando. Se hace con un procedimiento que es para eludir el "yo" porque no se puede lograr con el "yo". Se llega a esos espacios no se sabe por cuánto tiempo y es el cuerpo el que nos trae de vuelta al mundo. Pero esos momentos de roce cambian la vida de las personas.

Todas las Ascesis trabajan para pasar a otra realidad, para "pasar la puerta", pasar a otro tiempo y otro espacio, sagrados.

(Intercambio sobre ascesis en grupo de estudios)

³ Las Exploraciones tienen la función de develar significados profundos. Son trabajos complementarios de las Disciplinas porque elastizan y amplían las representaciones mentales. Se hacen muy ocasionalmente y no tienen el objetivo de superación de resistencias o de mejoramiento personal sino de comprender más profundamente temas que tienen gran significado para uno.

En las Exploraciones hay un ayudante que es totalmente pasivo pero es importante porque el sujeto cuenta con alguien a quien relatar lo que va experimentando. Este hecho de "relatar" o verbalizar los contenidos internos es de suma importancia porque si no hubiera un relato a otra persona, el sujeto no acomodaría adecuadamente sus registros, teniendo simplemente un conjunto de imágenes no ordenadas en secuencia.

Finalmente, en las Exploraciones el sujeto se propone explorar determinados espacios (o recintos) de su mundo interno, determinados seres o personajes, determinadas direcciones, o en suma, aquello que quiere aclarar e interpretar correctamente. A la Exploración se puede entrar desde cualquier situación mental que al sujeto le parezca adecuada.

Normalmente, se parte de un sueño importante que se haya registrado anteriormente (o un ensueño repetido y de mucha carga) y se hace la Exploración ahondando en las imágenes de dicho sueño buscando los significados más profundos hasta develar los puntos de interés.

(Intercambio sobre ascesis en grupo de estudios)

⁴ Como el símbolo de la energía creativa masculina, el Lingam es frecuentemente combinado con el símbolo primario de la energía creativa femenina, el Yoni, que forma la base de la imagen, con el Lingam elevándose desde su centro. Esto sirve como representación de la unión creativa que procrea y sostiene la vida del Universo. Lingam y Yoni, Shiva y su diosa, simbolizan las fuerzas antagónicas aunque cooperativas de los sexos.

Myths and Symbols in Indian Art and Civilization By Heinrich Robert Zimmer. Edited by Joseph Campbell, pág 127 (traducción propia).

⁵ La unión de ambos representa «la indivisible unidad en la dualidad de lo masculino y lo femenino, un espacio pasivo y un tiempo activo desde los cuales se origina toda vida»

Eva Rudy JANSEN: *The book of hindu imagery: gods, manifestations and their meaning* [1993], págs. 46 y 119. Binkey Kok Publications, 2003.

⁶ Utilizo el término *Fuerza* entendiéndolo del modo en que lo explica Silo en *La Mirada Interna*. Algunos párrafos de esta obra ilustrarán mejor sobre este término:

1. Cuando estaba realmente despierto, iba escalando de comprensión en comprensión.
2. Cuando estaba realmente despierto y me faltaba vigor para continuar en el ascenso, podía extraer la Fuerza de mí mismo. Ella estaba en todo mi cuerpo. Toda la energía estaba hasta en las más pequeñas células de mi cuerpo. Esta energía circulaba y era más veloz e intensa que la sangre.
3. Descubrí que la energía se concentraba en los puntos de mi cuerpo cuando estos actuaban y se ausentaba cuando en ellos no había acción.
4. Durante las enfermedades la energía faltaba o se acumulaba exactamente en los puntos afectados. Pero si lograba restablecer su pasaje normal muchas enfermedades empezaban a retroceder.

Algunos pueblos conocieron esto y actuaron restableciendo la energía mediante diversos procedimientos hoy extraños a nosotros. Algunos pueblos conocieron esto y actuaron comunicando esa energía a otros. Entonces se produjeron "iluminaciones" de comprensión y hasta "milagros" físicos.

(SILO, Humanizar la tierra. Leviatan. Buenos Aires, Argentina, diciembre 2011, pág. 25)

recorridos me acompaña mi Guía interno. Este modelo⁸, diferente para cada uno en su configuración y representación según las particulares creencias y sobre todo según la época y el lugar en que a cada uno le tocó vivir, tiene sin embargo características reconocibles que nos permiten identificarlo como un verdadero Guía⁹.

Son sobre todo recorridos por mundos internos en la búsqueda de ese Plan y del esporádico pero significativo encuentro con lo Profundo, aquel “mundo” sin tiempo ni espacio al que todos podemos acceder y que seguramente muchos hemos tocado fugazmente, y al que siempre queremos regresar.

Lo Profundo, lo Sagrado, lo Divino, o como cada uno lo quiera llamar, ha estado siempre ahí, como ámbito añorado al que individuos y pueblos buscan acceder. Ritos, danzas, oraciones e invocaciones, drogas, humos y yerbas, mantras y yantras, todo ha sido utilizado desde hace milenios con tal de tener la experiencia de contacto con ese mundo paradójico, en el que desaparecen las categorías habituales de nuestro “yo” y del que nada podemos recordar una vez que volvemos a éste, nuestro mundo de la vida cotidiana. Al “regresar” de aquellos espacios profundos solo podemos describir las traducciones posteriores que de ese contacto nos queda¹⁰.

⁷ Y más adelante en la misma obra Silo agrega:

Pocos pero importantes fueron mis descubrimientos, que resumo de este modo:

1. La Fuerza circula por el cuerpo involuntariamente, pero puede ser orientada por un esfuerzo consciente. El logro de un cambio dirigido, en el nivel de conciencia, brinda al ser humano un importante atisbo de liberación de las condiciones "naturales" que parecen imponerse a la conciencia.
 2. En el cuerpo existen puntos de control de sus diversas actividades.
 3. Hay diferencias entre el estado de despierto-verdadero y otros niveles de conciencia.
 4. Puede conducirse la Fuerza al punto del real despertar (entendiendo por "Fuerza" a la energía mental que acompaña a determinadas imágenes y por "punto" a la ubicación de una imagen en un "lugar" del espacio de representación).
- (SILO, Humanizar la tierra. Leviatan. Buenos Aires, Argentina, diciembre 2011, pág. 35)

⁸ Existen profundos modelos que duermen en el interior de la especie humana, esperando su momento oportuno. Esos modelos son la traducción de los impulsos que entrega el propio cuerpo al espacio de representación.

No discutiremos ahora el origen ni la consistencia de tales modelos; ni tampoco hablaremos de la complejidad del mundo en que se encuentran. Habremos simplemente de anotar su existencia, destacando que su función es compensar necesidades y aspiraciones que, a su vez, motivan la actividad hacia el paisaje externo.

(SILO, Humanizar la tierra. Leviatan. Buenos Aires, Argentina, diciembre 2011, pág. 107)

⁹ 1. ¿Quién es tan admirado por ti, que quisieras haber sido él?

2. Preguntaré más suavemente. ¿Quién te es ejemplar, de tal manera que desees incorporar en ti algunas de sus particulares virtudes?
 3. ¿Acaso alguna vez en tu pesar o confusión, has apelado al recuerdo de alguien que, existente o no, acudió como reconfortante imagen?
 4. Estoy hablando de particulares modelos, a los que podemos llamar "guías" internos, que a veces coinciden con personas externas.
 5. Esos modelos que quisiste seguir desde pequeño, fueron cambiando solamente en la capa más externa de tu diario sentir.
 6. He visto cómo los niños juegan y hablan con sus imaginarios compañeros y sus guías. También he visto a las gentes (de distintas edades), conectar con ellos en oraciones hechas con sincera unción.
 7. Cuanto más fuertemente se hicieron las llamadas, desde más lejos acudieron estos guías que trajeron la mejor señal. Por ello supe que los guías más profundos son los más poderosos. Sin embargo, solamente una gran necesidad puede despertarlos de su letargo (olvido) milenario.
 8. Un modelo de ese tipo, "posee" tres importantes atributos: fuerza, sabiduría y bondad.
- (SILO, Humanizar la tierra. Leviatan. Buenos Aires, Argentina, diciembre 2011, pág. 109 y 110)

¹⁰ Nada se puede decir de ese “vacío”. El rescate de los significados inspiradores, de los sentidos profundos que están más allá de los mecanismos y las configuraciones de conciencia, se hace desde mi yo cuando éste retoma su trabajo vigílico normal. Estamos hablando de “traducciones” de impulsos profundos, que llegan a mi intracuerpo durante el sueño profundo, o de impulsos que llegan a mi conciencia en un tipo de percepción diferente a las conocidas en el momento de “regreso” a la vigilia normal. No podemos hablar de ese mundo porque no tenemos registro durante la eliminación del yo, solamente contamos con las “reminiscencias” de ese mundo, como nos comentara Platón en sus mitos.

(Silo, Apuntes de Psicología. Virtual Ediciones. Santiago, Chile, segunda edición, abril de 2010, págs. 300 y 301)

A comienzos del 2010 tuve la oportunidad de compartir algunos de los relatos con Silo, quien luego de leerlos me motivó a completarlos y compartirlos. Su muerte en septiembre de ese mismo año, sumada a la aparición de nuevos proyectos y actividades, postergó el acabado hasta ahora.

Te dejo con los relatos. Siguiendo la sugerencia de buenos amigos que revisaron estos textos, me permito proponerte que avances por ellos lentamente, sin apuro. Espero que los leas teniendo siempre presente que no pretenden ser respuestas ni recetas para nadie, sino simple reflejo de mis búsquedas más profundas.

—Yo me pregunto —dijo— si las estrellas están encendidas para que cada cual pueda un día encontrar la suya. Mira mi planeta; está precisamente encima de nosotros... Pero... ¡qué lejos está!

El Principito – Antoine de Saint- Exupéry

I.- El Mirador de las Estrellas

Ha llegado la hora de comenzar el viaje.

Ha llegado la hora de partir y sabiendo que recorreré mundos y tiempos insondables, quiero invitarte a recorrerlos junto a mí. Acompáñame. Vamos juntos en busca del Plan.

Ha llegado la hora de comenzar el viaje que en realidad se inició en los albores de mi vida. Y aun más, me atrevo a afirmar que de la mía y la de todos y cada uno.

Corrijamos entonces: Ha llegado la hora de continuar este viaje que nunca comienza y nunca termina. Siempre ha sido y siempre será.

Iremos junto al Guía a recorrer esos mundos internos que un día me fueron insinuados y dejaron la huella de su Realidad indubitable. El Guía sabrá llevarnos a los lugares que recorreremos en busca del Plan que orienta la vida y el Sentido.

Nos encontraremos con Dioses y Diosas, Maestros y Guías sabiendo siempre que este largo recorrido será a través de mundos internos.

Así, antes de partir me tomo unos minutos y abriendo el ajado libro, aquel del inspirador Mensaje de Silo, leo *“Cuando se habló de las ciudades de los dioses, adonde quisieron arribar numerosos héroes de distintos pueblos; cuando se habló de paraísos, en que dioses y hombres convivían en original naturaleza transfigurada; cuando se habló de caídas y diluvios, se dijo gran verdad interior.*

Luego los redentores trajeron la Palabra y llegaron a nosotros en doble naturaleza, para restablecer aquella nostálgica unidad perdida. También entonces, se dijo gran verdad interior.

Sin embargo, cuando se dijo todo aquello, colocándolo fuera de la mente, se erró o se mintió”

Bien, ya es hora de partir.

Voy preparando las cosas para asegurarme de contar con todo lo necesario. Con calma las voy poniendo primero arriba de la cama y luego desde ahí las traspaso una a una a la mochila roja: la linterna, de baja potencia para las aventuras que avizoro, las zapatillas algo gastadas, un trozo de esponja para poner bajo el saco de dormir demasiado delgada aun cuando en el agotamiento de la noche sea digna de un príncipe, fósforos, un pequeño cortaplumas y un viejo cortavientos que siempre viene bien, sobre todo cuando no he logrado averiguar el clima que nos espera. En realidad son pocas

cosas, pero suficientes para mis necesidades. Ya listo a emprender viaje, pongo la mochila en mi espalda y abro la puerta.

Al otro lado está el Guía esperando. Me observa detenidamente. Recorre con su mirada la mochila y, sabiéndome descubierto, trato de esquivar la pregunta implacable.

- ¿Qué haces con todo eso?
- Quiero que me traslades a la pasada.
- ¿Y por qué traes esa mochila contigo?
- Contiene lo mínimo para el camino.
- Si quieres este viaje, deja todo eso acá.

Lo dice con voz calma y firme. No hay lugar a dudas en el tono. A pesar de eso mis labios alcanzan a dibujar la palabra ¿todo? pero ni siquiera la pronuncio. Asumo que deberé deshacerme de la mochila y su contenido. En realidad la sospecha la tenía desde que busqué el viejo morral y puse las cosas en él. Llevo la mano hacia atrás y tanteo el contenido; saco las apreciadas pertenencias. Ahí quedan las zapatillas y la esponja, la cantimplora y el cortaplumas. Sin embargo, no quiero soltar la linterna. Sin ella estaré perdido, no tendré luz para las oscuras noches que me esperan. En cuanto al cortaviento, considero perfectamente aceptable llevarlo conmigo.

- Esto me sirve para ver, susurro en un vano intento por convencerlo.
- Quien va a la Pasada no necesita linterna ni abrigo –responde.

Su tono es tajante, dejando en claro que no admitirá discusión alguna al respecto.

No tengo alternativa. Dejo la mochila en la mesa dándole una última mirada como si con ella quisiera retener mis pertenencias.

El Guía toca mi frente y no alcanzo ni a reaccionar cuando y ya estamos entre las estrellas.

- Vamos al Mirador de las Estrellas. ¿Te acuerdas del Mirador?
- Me acuerdo -respondo.

Recuerdo como si fuera hoy esa noche estrellada cuando llegamos a él.

No había sido fácil subir hasta allá. Luego de intentarlo varias veces, finalmente encontré el camino, y no sólo el camino, sino que luego de ir hasta ese maravilloso lugar había conocido al Guía, que luego

me llevó a la más hermosa y significativa experiencia vivida, tan importante que la escribí en una pequeña libreta de la que nunca me separo.

La abro y comienzo a leer las viejas notas tomadas durante aquel viaje. Ahí, en el silencio de las hojas, está todo muy bien detallado:

Afuera está el mandarino en flor. Entrando me encuentro con una escalera que sube en espiral. Es una pagoda de muchos pisos. A los pies de la escalera, una campana de hierro. La toco y se abre el techo. Unos monjes, tal vez chinos, se pasean por los patios y jardines. En realidad no podría asegurar que son chinos; aun cuando tienen los ojos pequeños y rasgados característicos, sus rostros son morenos y curtidos. Pueden ser nepaleses. Se desplazan con paso calmo, como quien aprovecha el caminar para reflexionar y meditar. Subo la ancha escalera de madera pulida y trabajada. Veo en ella y en los detalles el esmero de quienes en su momento pusieron el mejor esfuerzo para construir el templo. Visto una larga bata de fina seda bordada y hermosas zapatillas cubren mis pies. Me cruzo con un monje que baja lentamente, con la mirada en los escalones. Lo saludo en perfecto chino y él responde con un movimiento suave de cabeza. Sigo subiendo y en el camino me encuentro con más monjes que bajan, repito el saludo a cada uno. Ellos casi no me miran y el contacto son apenas minúsculas reverencias que no interrumpen sus silenciosas meditaciones. Continúo ascendiendo con lentitud. A medida que avanzo por la espiral observo atentamente y con cierta conmoción este mundo de silencios y murmullos a mi alrededor. Cada tantos escalones hay miradores desde los que veo los bosques del lugar. Sigo hasta lo alto de la pagoda donde termina la escalera, frente a unos hermosos y simples vitrales que muestran luminosos paisajes llenos de vida y color. Desde ese lugar tengo una vista privilegiada sobre todo el valle, reconociendo allá abajo las puntas y cúpulas de iglesias y templos que algún día visité.

Salgo por una pequeña apertura hasta el techo de la pagoda. Es fácil perder el equilibrio, me apoyo en un bastón que se transforma en paraguas. Al desplegarlo me eleva por los aires. ¿Cómo se sostiene en el aire, considerando su precaria estructura? Bien sustentado, comienzo a mirar alrededor y veo a otras personas viajando por los aires con sus propios paraguas. Eso ya es bastante inusual, pero lo más sorprendente es que los paragua-viajeros no estamos solos. El espacio aéreo está bastante transitado. A mi lado veo muchísimos gansos. Me fascino con su amplio y sincronizado aleteo. Como si hasta acá las sorpresas hubieran sido pocas, en un movimiento rápido y seguro uno de ellos me toma y acostándome sobre sus patas soy transportado hacia arriba. La sorpresa dura solo unos segundos porque puede más la extraordinaria sensación de sentir cómo nos elevamos volando maravillosamente

bien, subiendo mucho más arriba que los demás. Me envuelve en su panza y desde ahí veo a lo lejos, abarcando con la mirada casi toda la curvatura de la Tierra.

El vuelo es suave, silencioso, cálido. Ahí, instalado en el suave lomo me siento querido y protegido. En la noche estrellada destaca una luna enorme.

Así volamos por varias horas hasta que llegamos al Mirador de las Estrellas, donde bajo del lomo del ganso. Él se transforma en un hombre con traje emplumado y permanece parado a mi derecha. Casi sin verlo, comprendo de inmediato que es el Guía. De pie, uno al lado del otro, en silencio contemplamos las estrellas. Después de un tiempo que no sé precisar, con voz calma y firme dice que busque mi estrella. Su pregunta me sorprende porque no sé cuál puede ser mi estrella. Miro hacia el mar de luces que desde lo alto se extiende en todas las direcciones tratando de pensar cuál de esas luciérnagas del cielo pudiera ser la mía. No puedo siquiera pensar que alguna de ellas me pertenezca y habituado como estoy al concepto de “mía” como aquello que me pertenece, no alcanzo a captar que se refiere también a aquella a la cual yo pertenezco. Con más insistencia y firmeza dice:

— Dime cuál es tu estrella

— No sé –respondo.

La situación comienza a desesperarme. Realmente no tengo la menor idea cual es mi estrella y tampoco sé cómo resolver lo que parece más un acertijo que una información olvidada.

Mientras intento resolver la cuestión, me repite una vez más:

— Dime cuál es tu estrella -Y levantando la voz con amabilidad pero sin concesión repite:

— ¡Tu estrella, muéstramela! -Estoy desesperado.

— ¡No sé cuál es! ¡No lo sé! -respondo.

Con bondad estira una mano y apuntando hacia arriba, alarga un dedo indicando un sector del cielo. Subo al dedo y éste avanza a gran velocidad recorriendo una enorme distancia en pocos segundos. Voy en lo que parece un viaje azaroso hacia la bóveda de luces. Sin embargo vamos hacia una estrella específica a la que llegamos en pocos segundos. Comprendiendo su ayuda le digo “ésta es mi estrella”. Ríe y con el dedo la cruza como si no fuera nada más que una ilusión óptica. Es plana, como una blanca hoja de papel. Entonces el dedo se lanza hacia arriba a una velocidad impresionante. Vertiginosamente cruza estrellas y galaxias. Sigue subiendo, pasan soles y planetas, atraviesa nebulosas, deja atrás aglomeraciones estelares. Sube distancias inimaginables hasta llegar al final del espacio. Es una gran curva negra que lo envuelve todo y después de la cual no hay nada. Está todo

negro, y cuando se supone que ya nada hay, sigue subiendo. Cruzamos la zona de total oscuridad y luego de un tiempo, sorprendido, observo nuevas luces.

Nos acercamos a una zona de luminosidad difusa y sé inmediatamente que es mi estrella. En realidad no es exactamente una estrella sino una pequeña nube blanca, con mucha luz. Sé que es mi lugar, mi hogar, mi origen y destino. Me conmociono y comienzo a llorar. Siento una completitud que nunca en mi vida había sentido. Es una mezcla de emoción, de alegría profunda, de agradecimiento. Me quedo ahí largo tiempo contemplando, agradeciendo.

Cuando ya voy a iniciar el regreso observo arriba de mi estrella, levemente a la izquierda, un pequeño agujero en el fondo negro por el que se ve hacia el otro lado. No puedo precisar a qué distancia se encuentra pero lo miro desde donde estoy y curiosamente puedo ver a través de él. Al otro lado está “todo de nuevo”. Hay Universos completos, mundos completos. Lo curioso es que no los veo pero los siento. Está Todo. Me quedo maravillado.

— ¿Qué es? -le pregunto al Guía.

— Es la Pasada por donde se nace.

— Quiero atravesar por ella.

— No todavía. Así no puedes.

— ¿Por qué?

— Por ahí se pasa pero no se vuelve, se pasa para siempre. Es la matriz por donde se nace verdaderamente, aunque es lo que ustedes llaman muerte.

Entonces siento algo tan increíblemente bello que nada se le puede comparar. Es la conmoción más profunda que jamás he sentido. Es tan profundo, que no puede ser descrito.

Todo está bien. Todo está muy bien.

Algo se afloja en lo más profundo de mi Ser. Ahora sé que la muerte no existe. La certeza es absoluta, es experiencia-sin-lugar-a-dudas. No hay muerte. Aquello que he creído toda mi vida no existe. La Pasada está ahí, frente a mí y es por ahí por donde transitaré. Todo está bien.

El dedo me lleva de regreso. Sin apuro va bajando y pronto cruzamos la estrella plana. Llegamos al Mirador. Agradezco al Guía. El ganso me toma en su lomo y ya estamos en la pagoda. Entro por la parte alta y comienzo a descender la escalera sin hacer ruido. Los monjes están cantando. Voy con

uno de ellos hacia la campana y cuando llegamos dice que me dará una ayuda y pausadamente agrega:

— Desde ahora, cada vez que quieras ver tu estrella y estar frente a la Pasada, puedes hacerlo tocando la campana.

Me acerco a la campana, la golpeo y suavemente se abre el techo de la pagoda. En lo alto veo la Pasada.

El monje repite una vez más:

— Cuando toques la campana podrás ver tu nebulosa y la Pasada por donde se nace.

Y por último agrega:

— Para tocar la campana no hace falta que vengas hasta acá. Cuando la necesites, sabrás como encontrarla.

Entonces desaparece y descubro que estoy en la casa de mis días. Salgo y observo el árbol de mandarinas en flor. La más exquisita de las fragancias me recibe.

Así concluían mis notas de aquel viaje. Terminó de leerlas y cierro la libretita.

Estoy llegando al Mirador de las Estrellas.

II.- La Ciudad de mi Guía

Allá está mi estrella. La reconozco. Estoy feliz de volver. Observo la estrella y esta vez hay gente bajo ella, una pareja acariciándose, a su lado alguien trabaja con un soplete de fuego. Miro hacia lo alto buscando la Pasada. La encuentro y una vez más me conmueve su presencia. Llevo la mirada hacia la gente que calmadamente hace sus cosas sin percatarse de la presencia de aquel agujero. El Guía me observa. Lo miro, pidiéndole ayuda o consejo.

— ¿A qué has venido? –pregunta

— Quiero saber qué hay al otro lado.

— ¿Qué te detiene?

— La hipnosis, el temor, mis creencias.

— ¿Qué crees que hay?

Voy a decir algo, pero una voz que no proviene de ninguna parte, una voz sin vínculo con cuerpo alguno dice “La morada de los dioses”.

Me conmociono.

Observo la Pasada y ahora ya es un túnel. El túnel tiene luminosidad y empiezo a ser succionado hacia él.

— Vas a conocer la Morada de los Dioses -escucho.

Soy impulsado hacia adentro del túnel. Alcanzo a sentir a la gente que mira desde abajo. El Guía está junto a la gente pero también está a mi lado y adelante esperándome.

Floto por el interior del túnel hasta llegar al otro extremo. Salgo y me encuentro en un paisaje nuevo, irreconocible. Todo es diferente.

No hay sonido y escucho todo.

No hay aire y respiro.

No hay sol pero veo.

El Guía toma la forma y la consistencia de un vapor.

En el piso hay muchos agujeros. Son cientos de “Pasadas”. Cada una conecta a otros planetas, otros mundos, otras tierras.

No sólo el paisaje ha cambiado, también yo me he transformado. Soy gaseoso y floto.

No sé si el lugar está adentro de todo o afuera de todo, no puedo abarcarlo.

El Guía me lleva a la orilla de un río cristalino con poca agua. Es muy nítido. Permanezco largo rato contemplándolo, agrado. Entonces el Guía gira suavemente mi cabeza hacia el otro lado, y si bien el aire es diáfano y observo sin interrupción alguna, no puedo distinguir nada. Es imposible diferenciar algo que pueda reconocer, que pueda describir, como si una bruma lo difuminara todo.

El Guía dice:

— Necesitas cosas reconocibles, pero la Verdad no tiene forma.

Miro al río y lo veo bien. Miro al otro lado y no reconozco nada. Observo hacia arriba y veo al sol y la luna que se persiguen rápidamente en días y noches que se suceden vertiginosamente.

— Necesitas del tiempo. Pero la Verdad no tiene tiempo. Ni forma ni tiempo.

El Guía apoya sus manos en mi cabeza y dice:

— Puedes volver a tu mundo. Y ahora puedes hacerlo por cualquiera de las Pasadas. Da lo mismo la que escojas, todas ellas llevan a tu tiempo.

Le agradezco.

Me devuelvo entrando por una de las Pasadas e inmediatamente caigo hacia el espacio conocido.

Observo el lugar del que vengo y lo que veo no puede ser descrito por palabras pronunciadas porque tampoco es mirado por ojos cotidianos. Veo la Vibración. Es muy increíble porque no hay objetos que vibran; en realidad no hay nada.

No está ni siquiera la Pasada.

Pero puedo ver “lo que vibra”.

III.- El Yoni Lingam

Han pasado días. Semanas tal vez. Quizás hasta meses o años. El tiempo del reloj no es capaz de medir. Todavía puedo recordar las palabras sonando suavemente en los oídos:

— Necesitas del tiempo. Pero la verdad no tiene tiempo. Ni forma ni tiempo.

Sin embargo aquí estoy, siguiendo los caminos que he querido recorrer. En este paisaje cambiante me encuentro ahora en el interior de una gran iglesia mirando lo que parece ser una virgen de yeso. Por los amplios ventanales observo afuera la acción del intenso viento. Mueve ramas y hojas que generan variaciones súbitas de luminosidad al interior de la nave. Veo cómo las diferentes tonalidades de luz dan aspectos cambiantes a la vieja iglesia. Poco a poco el lugar comienza a llenarse de sombras; el sol ha comenzado a bajar en el horizonte lejano. Entonces caigo en cuenta: está anocheciendo demasiado rápido y antes de lo previsto. Cuando ya los últimos rayos desaparecen decido salir a mirar la extraña y prematura oscuridad. La luna está negra, totalmente negra. Súbitamente comprendo, no ha llegado la noche, al menos no la habitual que sucede al día y su ocaso. La luna está eclipsando al Sol, que se esconde totalmente tras ella. En la oscuridad reinante siento el viento fuerte, cálido y persistente.

Me encuentro en una ciudad vacía, las puertas golpean y las ventanas se mueven al viento. Veo la brillantez del sol alrededor de la luna negra. Doy unos pasos y antes que pueda reaccionar, el viento me levanta en un torbellino. Transportado cada vez más arriba observo el pueblo allá abajo.

Me atrae esta luna negra. Llego hasta ella y sorprendido observo su tamaño, es bastante más pequeña de lo que había imaginado. Parado sobre ella contemplo el sol mientras el Guía se ubica al lado. Posa una mano sobre mis hombros y observa conmigo el hermoso paisaje. Luego de unos instantes indica hacia el sol.

— Ahí está la luz -dice -pero nosotros no vamos hacia allá -e indica hacia otro lugar de la salpicada bóveda.

Me pregunta si de nuevo traje la mochila. Reímos, ya he aprendido la lección. Para recorrer los caminos a los que él me lleva, sólo necesito de mi mejor disposición y nada malo pasará. Ni linternas, ni provisiones, ni ningún otro equipaje es necesario.

Dejamos la Luna y nos alejamos del Sol. Subimos. Subimos mucho.

No somos los únicos cruzando el espacio. Pasan otros seres volando y se saludan con el Guía. Cada uno de ellos transporta a alguien del mismo modo en que yo soy llevado, impulsado sin siquiera ser tocado.

Llegamos a la Pasada, reconozco el paisaje ya visto anteriormente. La Pasada es oscura, estrecha y tiene bifurcaciones hacia derecha e izquierda que no termino de comprender hacia donde llevan. Por nuestra parte permanecemos en el túnel del medio, apenas iluminado con una tenue luz que proviene desde la parte alta. Entonces caigo en cuenta que ya no estoy acompañado, y demoro unos minutos en acostumbrar mi vista al repentino cambio de luz, finalmente veo al Guía esperándome al final del túnel.

Cuando ya estamos al otro lado, nuevamente volando, dice:

— Ésta es la tierra de todos y de nadie, conócela.

Recuerdo que ya una vez estuve a este lado, sin embargo en aquella ocasión es poco lo que alcancé a observar. Ahora el paisaje es nítido y sin aquella bruma de entonces. Abajo hay casas blancas, más allá un diminuto bosque y a su lado una pequeña laguna o embalse. El Guía me hace mirar hacia todos lados. Muy a lo lejos veo un palacio de cristal arriba de una alta montaña. No deja de sorprenderme lo diáfano del aire que me permite distinguir cada detalle a enormes distancias.

— ¿Quién vive ahí?

— Es la entrada a mi casa -responde.

Subimos a dos caballos blancos alados que mueven sus grandes alas llevándonos en dirección al palacio. Vuelan maravillosamente. Voy tomado del cuello de mi corcel mientras observo admirado el paisaje. Abajo hay ríos, valles, campos y bosques. Adelante, en lo alto, se va acercando aceleradamente el palacio de imponente tamaño y forma. Quiero explicarle al Guía lo que quisiera ver, pero me lo impide haciendo un leve gesto de guardar silencio.

— Por ahora cabalga -dice -Vuela.

Cabalgo, vuelo y llego hasta las puertas del palacio. Un hombre joven, luminoso y lleno de vida nos recibe; toma los caballos. El Guía lo saluda y le da un beso en la frente. Está en su casa y es recibido por su gente. Subimos las escaleras. Al entrar experimento un cambio vertiginoso. En cosa de segundos soy un niño y antes de alcanzar a asumir mi nuevo aspecto, ya soy viejo y en un instante, joven.

— Ya lo sabes -dice -aquí no hay tiempo.

Ahora él es un anciano muy anciano y yo nuevamente un pequeño niño.

— Soy lo que quieres ver.

— ¿Sabes a que he venido? -le pregunto.

— Lo sé muy bien.

Estamos en el interior de una sala alta y luminosa. Caminamos subiendo una escalera ancha que orientándose primeramente hacia un costado, al llegar al muro da la vuelta y se dirige hacia el centro del salón a media altura, terminando simplemente ahí, en el aire. En medio de ese inmenso lugar y suspendido en el aire hay un pequeño Yoni Lingam. Es imposible retenerlo con la mirada porque tiene movimiento propio, como el de un electrón. Mientras intento observarlo capto un sonido eléctrico. En el aire hay un fuerte olor a lluvia, a ozono. Ahora estoy suspendido en el espacio y mi tamaño se reduce. Miro el objeto que sigue flotando y ya puedo fijarlo un poco mejor en mi retina. Es de un azul intenso, como un trozo de lapislázuli, pero no me es fácil definir con precisión su color porque también éste parece cambiar según gira el objeto. Si bien estoy muy cerca, casi a su lado, no puedo aprehenderlo con la mirada porque se mueve incesantemente.

Pido ayuda al Guía y haciéndose gigante me toma suavemente en su mano junto con el Yoni Lingam. Comienzo a sentir la Fuerza circulando por todo mi cuerpo.

Pido al Guía que me ayude a entrar en el Yoni Lingam y me indica que camine. Lo hago lentamente, descubriendo que puedo entrar sin dificultad a la piedra. La traspaso y al hacerlo siento poderosas ondas que llegan a mis ojos y me empujan hacia atrás.

El Guía introduce una mano desde afuera de la piedra y me impulsa suavemente hacia adentro.

Quedo impresionado contemplando un espectáculo inesperado. Si bien en un comienzo me parecía que se trataba de una única piedra, con esa forma tan característica del Yoni Lingam en la que se funden los dos principios creadores de la vida, ahora observo que no hay punto de unión física entre el Yoni y el Lingam. Sin embargo sigue siendo una sola figura, como si un impulso magnético los mantuviera vibrando a una leve distancia, unidos sin tocarse.

Y en ese punto de unión hay un vórtice que gira, y ese vórtice es todo el Universo. Ahí, en ese preciso punto de unión imperecedera donde confluyen el Yoni con el Lingam, ahí está todo el Universo girando.

— Aquí creamos el Tiempo para beneficio de los hombres -dice el Guía, que ha permanecido a mi lado. También podríamos detenerlo aunque por ahora es bueno que tengan un tiempo que les es dado. Pero en realidad no hay Tiempo.

Mientras sus últimas palabras resuenan en todo mi cuerpo, en un impulso incontrolable pero sereno salto al vórtice. Voy dando vueltas y bajando. Alcanzo a ver allá arriba la Forma desde la que caí. El Guía, que bien sabe acompañarme en cada momento, también ha llegado hasta acá e inmediatamente dice:

— Siente la Fuerza y su luminosidad interna.

La siento con intensidad. Le agradezco.

— Nos hemos divertido, y además has conocido mi casa, por llamarla de algún modo -dice esto y se va como un vapor o un humo azuloso que se eleva, desapareciendo en pocos segundos.

IV.- El Río Sagrado

El Guía se ha esfumado.

He bajado en un lugar desconocido. Observo a mi alrededor tratando de reconocer el paisaje pero si bien se parece a muchos otros lugares conocidos, sé que nunca antes he estado acá.

Estoy en una casa de piedra en medio de una zona montañosa. Alrededor hay unos cuantos hombres preparándose para viajar. Apenas me ven y a modo de saludo, uno de ellos dice sin levantar la mirada: “ya llegó, vamos”. Son hombres hoscos, de rostro curtido y gestos toscos. Experimento una sensación muy curiosa porque si bien su aspecto no es agradable ni amable, inmediatamente siento su protección.

Montados en caballos, avanzamos lentamente en silenciosa procesión. Luego de un buen tiempo llegamos a un punto en el que proseguimos el viaje caminando. A medida que pasan las horas algunos de ellos van quedando en el camino. No entiendo la razón de su abandono en lugares que no parecen tener ningún sentido. Ahí no hay casas, ni gente, ni campos, ni animales. Es como si reconocieran un lugar en el que deben detenerse y dejar que los demás sigan camino. Finalmente me acompaña un solo hombre. Su aspecto me recuerda el de algunos gauchos que vi alguna vez en remotas comarcas del sur de Argentina. Parece caminar distraídamente, sin embargo cuando intento un diálogo me hace callar porque está esperando la respuesta de la montaña. Entonces comprendo que mi acompañante se va comunicando con las montañas. A nuestro alrededor está todo muy seco, y a medida que subimos sentimos cada vez con más intensidad el sol abrazador. Así, mientras avanzamos por la arena amarilla nos impacta el calor del gran desierto. Caminamos largas horas.

Luego de un tiempo que parece eterno, hacemos un breve descanso y aprovechamos la detención para construir un pequeño altar en el que él pone un poco de tierra.

— Vamos a tierra de Dioses -dice -¿Seguro que quieres ir?

— Quiero ir -respondo.

Llegamos al borde de un acantilado. Al frente está el gran río. Tengo la certeza de que lo conozco desde hace mucho tiempo y que desde siempre he estado esperando regresar a él. El gaucho se devuelve y me quedo contemplando el río en soledad. Descendiendo el acantilado, me acerco hasta la orilla y desde ahí puedo dimensionar el verdadero tamaño de la enorme masa de agua que avanza lentamente.

Decido caminar aguas arriba. Al final, a lo lejos, hay una montaña muy alta cubierta con nieve. Es de cristal. En realidad más que montaña, parece un palacio de cristal transparente. De su puerta sale el agua que da origen al río. Siguiendo el curso de éste me dirijo hacia el palacio. Cuando llego a él entro sin problemas por la misma puerta por la que escurren las aguas. En su interior hay un gran patio y al centro del patio, una pileta con una fuente desde la que sale agua fresca, increíblemente limpia y transparente. Observo allá abajo el valle del cual provengo. El río, angosto acá en su nacimiento, baja verticalmente y luego se hace ancho, horizontal, fluyendo calmadamente.

Vuelvo hasta la puerta del palacio y me introduzco en las aguas frescas y transparentes del río. Bajo por la cascada inicial llegando hasta la parte horizontal, donde el río ya es ancho y generoso. Hay pescadores que reman acompasadamente, sin apuro. El río casi ha dejado de tener corriente y toma la forma de un lago. Los pescadores, una suerte de comunidad vinculada por algo más que la pesca, están sacando peces. Están repartidos en varios botes y conversan animadamente. Sus voces son sólo interrumpidas por el rítmico sonido de los remos cuando golpean el agua. Me sumerjo y pronto vuelvo a salir tomando una gran bocanada de aire.

Afuera se ha hecho de noche y el agua clara refleja una luminosidad difusa. El Guía está al lado. Le pregunto qué es este río.

— Eres tú -responde.

— ¿Cómo tiene tanta agua?

— Este río puede tener toda el agua del mundo y además el agua puede ir hacia los dos lados.

Con sorpresa veo a lo lejos el mar y noto cómo el río recoge las aguas del mar y las sube hasta el palacio de cristal. Mientras tanto sigo flotando hasta llegar a la orilla del mar. El Guía me indica el lugar donde el río desemboca o se nutre, según sea el caso. Explica que este río puede ser ancho o angosto, dependiendo de cómo yo quiera que sea. Lo imagino un cauce pequeño e inmediatamente se angosta. El agua brilla con más intensidad ahí donde se encuentra con el mar. Es un espectáculo hermoso. Me acuesto sobre las aguas en el lugar preciso donde desemboca y una vez recostado, empiezo a crecer hasta ser tan grande como todo el río. Mientras mis piernas tocan el mar, mi cabeza llega hasta el palacio de cristal.

— ¿Quién hizo este río?

— Los Dioses. Como a ti, los Dioses –contesta el guía.

— ¿Y quién hizo a los Dioses?

— Se hicieron.

— ¿De dónde sale el agua?

— Tú la creas.

Miro el agua y al mismo tiempo puedo ver el lugar donde nace el río así como el lugar donde desemboca en el mar.

— Ya está. Has visto el río. Sabes dónde está.

— ¿Para que sirve este río? –pregunto.

— Para regar el mundo, pero acuérdate que tú eres el río.

Me alejo tranquilo. Camino por el desierto silencioso.

Siento las ciudades de la gente y la tarea por hacer. Algo grande me espera.

V.- La Diosa

He seguido avanzando, dejando atrás el silencioso desierto. El paisaje ha cambiado; entre pastos y árboles escucho el sonido de aguas frescas. Un pequeño arroyo corre entre piedras. Más adelante la lejana silueta de unas montañas indica que he llegado hasta la región buscada. Sentado en una roca contemplo el paisaje y diviso abajo, a lo lejos, una ciudad.

Camino en dirección a ella. A medida que me acerco, encuentro un cerro de tamaño mediano en el que un túnel entra horizontalmente hacia su centro. Es amplio, de paredes rocosas con piso de tierra apisonada; a ambos costados es surcado por leves canaletas por donde corre un poco de agua. A medida que avanzo siento con más intensidad el calor húmedo que a poco andar se hace sofocante. Me agacho a recoger un poco de agua desde una de las canaletas y agradezco su frescor.

Después de caminar un largo rato llego a una enorme gruta cálida, apenas iluminada por una tenue luminosidad que parece provenir de alguna vela o un fuego. He estado antes acá, y si bien sería incapaz de precisar fechas, sé que en algún lejano momento la recorrí. Se acerca alguien y pregunta qué quiero hacer.

— Recorrer —le digo.

Me siento atraído por una caverna oscura al fondo y comienzo a caminar hacia ella. Ahí está el enorme Yoni Lingam que ya conozco y a su lado unas pocas velas prendidas iluminan algo la oscuridad. Hay un intenso olor a flores mezclado con el humo de las velas. Entro encorvado por la baja caverna tratando de proteger mi cabeza de las salientes rocosas. En el interior ya puedo estar de pie, en un espacio bajo pero suficiente. Ahí adentro se escuchan extraños sonidos parecidos a rezos que salen de la roca. Es un eco muy antiguo que captura mi atención. Acercó el oído y escucho. Son cánticos provenientes de diferentes tiempos y culturas entremezclados en una suave melodía que emana de la piedra, produciendo en mí la sensación de reminiscencia que me conecta con Lo-Sagrado-que-siempre-ha-estado.

Después de un tiempo imposible de medir, descubro un pequeño pasadizo que lleva a otro lugar. Nuevamente debo pasar agachado, esta vez casi de rodillas. Acá escucho un canto en árabe. Es un lugar sagrado, la Mezquita Interior.

Vuelvo al Yoni Lingam y entonces descubro que salen de él varios pasadizos similares al que recorrí recién. Comprendo entonces que está conectado con distintos templos de diferentes religiones.

Vuelvo a la gruta central, me desplazo flotando. En su centro hay una fogata generosa. Avanzo hacia ella y más allá del crepitar del fuego escucho un zumbido cada vez más intenso a medida que me acerco. Hay una enorme fuente de energía que se transmite por todo mi Ser.

Entonces siento la presencia del Guía, a quien pido que me lleve donde está la Diosa. En el interior de la fogata hay una presencia muy blanca y sutil. Ella me pasa sus largos y suaves dedos por la cara. Señala un punto en lo alto. Ahí donde está mostrando, la gruta es muy amplia e inmediatamente comienzo a subir, a flotar. La miro desde arriba y ella es ahora una flor, un tulipán blanco.

La flor me atrae intensamente, me impulsa hacia su interior cerrándose sobre mi cabeza. Adentro el tulipán es una esfera blanca en la que quedo ubicado en su centro. La esfera se comprime y ahora es ella la que está dentro de mi pecho y yo en el centro de la gruta. La esfera está en mi pecho, ahora en el centro de mi cabeza y ahora está afuera y es la diosa de nuevo.

Me abraza, la abrazo, no tiene consistencia sólida; posa una mano en el pecho y otra en la cabeza. Todo el lugar se aclara. Me muestra a sus ayudantes; dos mujeres hermosas de pelo largo que se peinan y ríen. Son dos doncellas.

Pregunta si quiero conocer el tesoro y sin necesidad que yo diga palabra alguna, me toma de la mano y por un pasillo llegamos a una sala alba de mármol iluminado. Es un lugar que se va estrechando hasta convertirse en un nuevo pasadizo que sube en espiral.

Ascendemos hasta una pequeña pieza, sencilla, bien iluminada y sin decoración.

— Ésta es la pieza de los tesoros —explica.

Ella tiene una pequeña esferita en la mano, que pone en el aire y queda ahí donde la deja, flotando. Miro la esfera y entonces dice que no sólo la mire como se observan los objetos de la vida cotidiana, que debo contemplarla desde la profundidad de mi conciencia en la profundidad de su espacio interior.

Me ubico al centro de mi cabeza y desde ahí, desde muy atrás contemplo cómo en el centro de la esfera hay un palacio. Delante de éste, una puerta de la que nace un río, y delante del río el mar y junto al mar un caballo con alas. Y ahí está ella nuevamente, llamándome.

Entro a la esfera, monto el caballo, vuelo y llego hasta la entrada del palacio. Frente a la entrada hay una escalera y en la escalera, una cajita. La tomo y monto nuevamente en el caballo.

Vuelvo y le muestro la cajita. Ella me da una llave. La abro y comienza a brotar una música indefinible. Adentro hay una forma, no la puedo descifrar ni aprehender. Solo capto que es una forma azul, parecida a una pequeña escultura de placas o planos diversos. Podría decir que es hielo azul. Es la

figura misma la que emite música que va directamente al centro de la cabeza. Tomo la figura con mi mano derecha y luego con ambas manos. Irradia una energía intensa que recorre mi cuerpo. La llevo conmigo y vuelvo a la gruta.

Agradezco a la Diosa. Ella apoya las manos en la figura. Mis manos son azules y las suyas, blancas. Mi cuerpo es azul y el suyo, blanco.

Le agradezco nuevamente y salgo por el túnel con la figura. Cuando ya estoy afuera ésta es un cactus de planos cortados, dentro de un macetero. La miro ubicándola hacia adentro del túnel y es la figura azul. La miro hacia afuera y es el pequeño macetero con la planta.

Yo sé lo que es.

VI.- El Maestro

He dejado la gruta de la Diosa y sigo mi camino.

Estoy ahora frente a una roca plana, al parecer utilizada para ceremonias, conectada a una más grande con forma de stupa budista. Alrededor hay otras rocas talladas con figuras de mujeres. En las cercanías hay monjes caminando en meditación. Me acerco a uno y éste, sin mirarme ni decir nada, apunta con el dedo. Señala un camino que sube a una montaña. Sin más demora comienzo a ascender. El sendero sube suave y sinuoso. Aunque el recorrido se alarga más de lo imaginado, mantengo el ritmo y no me canso.

Al llegar arriba hay un pequeño templo casi mimetizado con el cerro. Adentro de la construcción, sentado, un monje muy anciano, de pelo blanco, permanece inmóvil. Medita.

— Maestro —le digo.

Hace un gesto casi imperceptible, paso y me siento. Él está tan calmo, tan concentrado que siento un desatino interrumpirlo. Comienzo a dudar si es mejor retirarme para no interferir en sus reflexiones. A pesar de esas preocupaciones, comienzo a sentir una suave y profunda energía circulando por todo mi cuerpo.

Me quedo observándolo. ¿Cómo se pregunta? ¿Qué se pregunta? ¿Qué quiero saber? ¿Qué necesito realmente saber? No me atrevo a molestarlo pero no puedo dejar de mirarlo. Hay algo en él que me conmueve. Me siento torpe, estúpido, frente a su profunda calma.

— Maestro —digo nuevamente, con una impaciencia que inmediatamente experimento como impropia de ese lugar.

— Tú no has muerto —dice sin mirarme ni moverse, con voz calma y segura. -Yo he muerto mil veces, tú ni una. Cuando mueras podremos conversar.

Sus palabras me sorprenden y quedan resonando en mis oídos. “Tú no has muerto”. Es verdad, y más aun, me aferro a la vida torpemente, temiendo que ésta se me escape al primer descuido. “Cuando mueras podremos conversar”. Y yo aquí atrapado por la ilusión de la permanencia de mi cuerpo.

Salgo. El cielo, encendido en llamaradas rojas y naranja. Ahora el Maestro está allá afuera, inmenso, su cabeza llega hasta el cielo. Es transparente, etéreo.

- Te voy a ayudar —dice mientras me toma suavemente transportándome hacia el Sol. En la cercanía del astro el calor es tal que me siento derretir. Toca mi frente y su mano entra sin dificultad en mi cabeza. En ese preciso instante todo se convierte en Luz.
- Ahora estás muerto así es que podemos hablar. No eres nada de lo que crees que eres. Tampoco lo que te han dicho. Somos lo mismo. Eres Luz pero todavía eres Luz de colores. Aún no eres blanco.
- Alguien me envió un regalo —le digo sin emitir palabra.
- Lo sé -responde en el mismo modo silencioso pero certero.
- Era muy extraño.
- Para tu mirada es extraño porque solo sabe recorrer contornos externos.
- Parecían piedras azules ¿Qué eran?
- Yo te lo envié -dice mientras sostiene el regalo en las manos. Sin embargo una vez más lo que yo veo es solamente un gran montón de piedras.
- Ves fragmentos porque eres fragmentos. Cuando seas Uno, verás la Forma.

Dicho lo anterior el Maestro se desvanece y el paisaje cambia a gran velocidad configurándose frente a mí la gruta de la Diosa que ya un día recorrí, y que está con una luminosidad intensísima. Ella, bella como nadie más en el Universo, me recibe con un abrazo y dice:

- Ten calma y permanencia. No hay apuro. No hay apuro.

Le agradezco, la abrazo y salgo.

VII.- Contacto

Ya afuera veo un arco iris que nace y se eleva desde un bosquecito muy fresco, con su piso verde cubierto de rocío. Un poco más allá unos niños ríen y juegan despreocupadamente. Me elevo hasta ver la Tierra desde lo alto. Observo campos, pueblitos, cerros y viñas. A lo lejos el brillo de aguas indica donde está el gran lago. Sigo subiendo hasta un punto en que el arco multicolor se curva hacia arriba y continúa hasta un disco blanco, luminoso. Me acerco al disco cuya luz, aun cuando no parece provenir de ninguna fuente en particular, es extremadamente intensa. Solo cuando ya estoy cerca me doy cuenta de su verdadero tamaño; es una circunferencia mucho más grande de lo que parecía. Sin embargo descubro sorprendido que no es una esfera sino plano. Me sigo acercando hasta que lo traspaso sin ninguna dificultad. Al otro lado hay unos curiosos personajes semejantes a guardias de arcilla. Me recuerdan aquellos de las legendarias historias chinas. Sin embargo están vivos y activos. Uno de ellos se acerca y me lleva en un recorrido por un lugar luminoso. Pregunta si no prefiero volar y antes de alcanzar a responderle comenzamos a elevarnos. El vuelo es suave, algodonoso y si bien subimos rápido, estoy protegido por la calma y seguridad de este inesperado guardián. A los pocos minutos el curioso personaje desaparece dejándome solo en el aire.

Llamo al Guía y de inmediato siento su presencia. No sé qué camino tomar. Le pido que me indique el rumbo. Mira cómplice y luego muestra el cielo estrellado. Observando la amplia bóveda llena de puntos luminosos, le digo que ahí ya conozco.

— Eso crees —responde mientras comienzo a sentir el cuerpo liviano. Entonces el Guía me lleva hacia arriba, hacia ese cielo negro y estrellado.

Llego hasta una explanada con una construcción semejante a un monasterio rodeado de enormes muros. Es inmenso, aun para las dimensiones del espacio en que nos encontramos. Entro por una gran puerta detrás de la cual se extienden largos pasillos. Varios monjes cruzan caminando en silencio. Observo a uno en particular, me recuerda a los viejos anacoretas o más recientemente a algunos cristianos ortodoxos retirados de la vida mundana. Rezan sin emitir sonido alguno; repiten una oración conocida y recitada mil veces, mientras llevan el aire hasta su corazón. Comprendo de inmediato que están practicando sus meditaciones y técnicas guiados por su Propósito de acceder a lo Profundo.

Al fondo del pasillo hay una gran sala con una cúpula blanca, llena de luz. Desde lo alto de la bóveda baja un rayo suave que llegando hasta mí comienza a succionarme hacia arriba hasta dejarme contenido en esa cúpula gigante semejante al cuerpo de alguien de enormes dimensiones.

Comprendo que me contiene un gran Buda; precisando más, en realidad estoy muy adentro de la cabeza del Buda. A lo lejos, adelante y algo más abajo diviso sus ojos mirando hacia afuera. Percibo esos dos grandes ojos y más allá sus facciones externas, pero las “veo” desde el centro de su cabeza. Y más acá, en las cercanías de mi mirar, puedo ver también sus neuronas. Son miles, millones de finísimos hilos conectadas entre sí, brillando, haciendo sinapsis, dando pequeños chispazos. Están funcionando, están activas, están vivas. Allá lejos, él habla, pestañea, mira. Pero eso sucede muy lejos. Yo estoy adentro y desde ahí observo cómo sus neuronas van dando chispas de luz. Es un espectáculo absolutamente fascinante, indescriptible en su belleza.

Siento la presencia de su mente. Su mente está pensando. Su mente está despertando y yo despierto con ella.

VIII.- Energía

He salido de la gran sala y entro en el recinto contiguo donde me detengo a mirar una curiosa máscara del Dios Sol. Tiene un gesto entre agresivo y bondadoso que asusta y atrae al mismo tiempo. Movidio por la curiosidad me acerco, hasta quedar a solo centímetros del intenso rostro. Introduzco mi cuerpo por la boca, ingresando a una amplia cavidad por la que me desplazo con comodidad. Comienzo a caminar en dirección al interior, detrás de la máscara original. Me doy cuenta que me contiene la forma del cuerpo de un león. O más precisamente, un palacio con la forma de un gran león. Recorriendo el camino inverso, salgo nuevamente emergiendo hacia un palacio mucho más grande. El palacio-león-con-cara-de-sol está adentro de ese palacio mayor. Más allá hay un salón de color terroso al que me dirijo. En su centro, una escalinata por la cual comienzo a subir hasta llegar a la parte superior. Una pequeña puertita se abre sin mayor dificultad permitiéndome el paso hasta quedar parado en el techo.

Desde ese lugar la vista es panorámica. Miro a lo lejos y veo una gigantesca montaña nevada de cristal transparente adentro de la cual está el Señor Buda, sentado, con mirada tranquila y frente amplia.

Me acerco a él y siento una gran energía recorriendo mi cuerpo. Sus ojos son muy bondadosos y su rostro irradia sabiduría y profunda paz interior. Manteniendo una mano apoyada sobre su pierna, el Señor Buda apoya la otra en mi cabeza, que recibe el impacto mientras la suya se ilumina completamente.

— Mira a lo lejos —dice.

— ¿Qué hay allá? —pregunto.

— Más de lo que tu imaginación te permite imaginar.

Entonces, toda su cabeza comienza a tornarse de un color azul muy intenso, profundo, luminoso.

Con una leve sonrisa pone ahora una mano en mi corazón y la otra en mi frente y haciendo una suave presión, entra. Y mientras va entrando en mi cabeza, va despejando e iluminando mi mente.

IX.- Fusión

He vuelto a la pagoda. Entro al templo y ahí está la campana de bronce. La golpeo y unos monjes se asoman a mirar. La golpeo nuevamente pero esta vez más fuerte y al momento se abre el techo permitiéndome ver el cielo. Subo, salgo e inmediatamente comienzo a elevarme hasta ver desde lo alto la ciudad y la Tierra redonda cada vez más lejos. Sigo el ascenso y llego al mirador de las estrellas. Millones de lucecitas titilan en la amplia bóveda.

Llamo al Guía y aparece su rostro arriba en el cielo. Ahora es él quien me llama y subo hasta él y a pesar de no poder ver nada siento claramente cómo voy avanzando hasta llegar a su lado. El Guía se mueve como una presencia delante de mí, una presencia que me impulsa. Le pregunto a donde vamos.

— Déjate llevar —responde.

Pasamos un umbral con la forma de arco. Al otro lado está más luminoso y se ven caballos alados. Se acerca uno y el Guía indica que lo monte. Comienzo a ascender a medida que mueve las enormes alas. Es maravilloso como aletea y avanzamos. Me agarro de su cuello, lo siento cálido, suave, con el olor característico a piel tibia y húmeda. El corcel parece querer decirme algo.

— Vamos al más allá —creo entenderle.

— Te voy a llevar muy lejos.

— ¿A dónde?

— Al mundo del Despertar.

Llegamos a un lugar luminoso cubierto con praderas verdes. Mi nuevo amigo aterriza en un lugar en el que todo es cristalino. Hay una princesa, o es una diosa, no sé bien. Le da unos golpecitos al caballo y éste se va. Entonces se acerca y me da un suave beso en la frente. Me siento en posición de loto; ella, blanca y luminosa, se ubica al frente mío. Lentamente aproximamos nuestras cabezas hasta casi tocarse en un suave movimiento continuo con el que comienzan a unirse, a fusionarse hasta convertirse en una sola con dos cuerpos que nacen desde ella. Ahora nuestros cuerpos se fusionan hasta hacerse también uno.

Somos un cuerpo y una cabeza. Ella está en mí y yo estoy en ella. Abrazados, formamos una esfera.

Y en ese abrazo eterno resuenan las palabras del poeta Al-Hallaj *“El amado se ha unido a la amante, tiernamente ambos se han unido. Sus formas se han enlazado en un solo impulso, y sucumbieron en el*

mundo evanescente. Tu espíritu se ha fundido con el mío como el ámbar se funde con el perfume de almizcle. Y si algo Te toca, a mí me toca. ¡Así pues, Tú eres yo en todo!”

Así permanecemos mientras pasan los días, los meses y los años. Siglos, milenios. Así permanecemos, fusionados eternamente en el Uno.

Cuando el Tiempo regresa, nos separamos, estamos parados uno frente al otro. Nos tomamos de los hombros apoyando nuestros brazos y comenzamos, a girar vertiginosamente, cada vez más rápido, y dando vueltas como un torbellino comenzamos a subir, convirtiéndonos en un rayo que se mantiene encendido, nunca se apaga, permanece.

El tiempo se ha ido.

El tiempo ha vuelto.

Estamos los dos de nuevo. Ella es transparente, de cristal luminoso. La abrazo en silencio, le agradezco.

Subo al caballo, me despido y taconeo con suavidad al animal que se dispara en el aire como si fuéramos succionados por una fuerza invisible. Rápidamente llego al mirador y siento la voz del Guía:

— Así es como estuviste con Ella.

X.- El Plan

He seguido mi camino y a poco andar estoy en otro tiempo y en otro espacio; observo el fuego junto a mi gente. Somos una tribu antigua, hay mujeres y niños. Semidesnudos, calentamos nuestros cuerpos alrededor del fuego. Recorro el campo con la mirada. Hay una gran tormenta, llueve con fuerza, retumban truenos y continuos rayos producen feroces incendios.

Me alejo de la tribu. Camino hacia un volcán por cuyas laderas baja lava incandescente. Es una gran montaña cubierta por lenguas de fuego que descienden lentamente. Subo y camino por entre la lava que se desplaza caliente y humeante, sin quemarme ni sentir dificultad alguna.

Es una montaña habitada por grandes dioses que pelean entre sí. Hay dragones que echan fuego, seres que lanzan rayos, ruidos ensordecedores. Miro al valle y allá lejos está mi gente asustada. Me acerco a los dioses:

— ¿Qué hacen?

— Nos divertimos —contestan.

Les digo que asustan a la gente.

— Es porque son ignorantes —responden.

— ¿Por qué no les enseñan?

— Porque estamos entretenidos jugando; hacemos mundos.

Tiran barro hacia el cielo y se forma un planeta. Lanzan una bola de fuego y aparece un sol. Arrojan una lanza y es un cometa. Empiezan a competir por quien crea más soles y planetas. Van llenando el cielo de puntos luminosos de diferentes tonalidades. Y numerosos planetas comienzan a girar alrededor de cada punto.

Es claro que se divierten creando mundos. Voy a uno de esos planetas. Puedo saltar a otro y otro hacia arriba aproximándome a un Sol que pasa del rojo oscuro al naranja y luego al amarillo. Me acerco más y es blanco.

Voy más alto. Me toma el Guía y me lleva a un túnel en el que entramos y salimos casi simultáneamente.

— Éste es mi mundo —dice el Guía.

Creo recordar esas palabras, alguna vez estuve acá cuando fui a su mundo, a su hogar. Sin embargo ahora es diferente. Es un lugar donde todo es blanco. También el Guía es blanco. Me conduce a un espacio parecido a una sala donde hay varios Guías reunidos conversando.

- ¿A quién traes? —le interrogan.
- Un discípulo —responde mi Guía.
- ¿Qué buscas? —preguntan ahora mirándome.
- Comprender el Plan.
- ¿Qué quieres saber?
- Cómo es todo.

Entonces se produce silencio y tras ellos, donde había un muro blanco, se abre un gigantesco espacio en el cual veo torbellinos de fuego. Es el Caos original. Es algo terrorífico, es el Reino de la Confusión y el Caos. Desvíó la mirada y observo a los Guías que continúan sentados tranquilamente como si nada pasara.

- Míralo de nuevo —dicen.

No veo nada diferente a lo que ya observé en un primer momento. Un viento huracanado mueve lenguas de fuego en todas las direcciones, mientras gigantescos remolinos de agua succionan todo hacia sus centros. Pero es mucho más que eso, el caos sigue ahí.

- Míralo bien —repiten.

Pongo atención a lo que está sucediendo y ahí donde todo parecía informe comienzo a distinguir formas y momentos. Se están formando mundos. De un modo imposible de aprehender, los movimientos tienen un cierto ritmo y dirección.

Los Guías están detrás de mí y me observan.

- Mira bien —insisten de nuevo.

Observo nuevamente y lo que veo me conmueve profundamente. Es un espectáculo único, imposible de describir y sin embargo está sucediendo ante mis ojos: se está formando la Vida. Es una visión maravillosa que observo y capto con todo mi ser. Han pasado pocos segundos y ahora hay especies diversas. Grandes bosques y helechos, animales, primates y aves.

El espacio se ha ido llenando de vida multicolor, multiforme, que a su vez va transformándose en nuevas especies al momento mismo de aparecer, en rápida e interminable sucesión.

Se ha hecho el silencio. La cadena de transformaciones, detenida. Frente a mí, esferas luminosas flotando en el aire, moviéndose. Son las especies más sutiles.

— Esas no se han formado todavía —dicen en voz baja, casi en un susurro.

— Son los seres del futuro, seres sutiles, especies luminosas —agregan.

También ellos miran con atención, con interés, con gusto por lo que se ha configurado frente a nosotros.

Miro una de las esferas que ahora cubre todo el espacio frente a mí. Es increíblemente luminosa y sé que está viva.

Hay un silencio total, la Gran Espera.

Los Guías me llevan a otra habitación. Ahora son seres blancos, seres de Luz. Son una sola forma de Luz sin contornos, indefinible.

— Del Caos a la Luz —dice una voz.

Quienes eran los Guías ahora son Forma de Luz.

Conmocionado, no puedo dejar de mirar esa Forma. El Guía me conduce en silencio. Veo su ciudad, el túnel, los planetas y el Sol, veo los dioses de la montaña, mi tribu, la fogata.

Veo a mi gente, soy uno de ellos. Los observo y les digo que no se imaginan el mundo maravilloso que nos espera.

Miran extrañados.

No, no se imaginan.

XI.- La Conversión

Así, trasladado ahora en el espacio, estoy en el desierto frente a la gran pirámide. Al lado, el río sagrado, ancho, calmo. Hay algunos pescadores. Subo a un bote y avanzo río arriba. Al fondo, el palacio de cristal.

Sin detenerme continúo hasta más arriba, desde donde puedo ver todo el panorama, con el palacio, el río y allá lejos, al fondo, la pirámide. El Guía me llama desde el palacio y volviendo entro con él. Reconozco las paredes de cristal que dejan atravesar la luz, multiplicándola en rayos multicolores. El Guía dice que lo siga. Tiene una esferita en la mano, me la da e inmediatamente todo mi cuerpo se energiza. Lo sigo, abre una puerta y ahí está Ella. Me acerco, la abrazo y le agradezco la ayuda que me ha dado. Le tomo las manos y pongo la esferita delante de su pecho, entre los dos y comienza a crecer hasta abarcarnos. Estamos dentro de la esfera y nos reflejamos en ella. Sin embargo en el reflejo somos uno.

Me recuesto y Ella pone sus manos en mis pies, apenas tocándome los dedos. Inmediatamente se van poniendo azules en un tono parecido al de una piedra. Pero no solo toman el color de la piedra sino que se van convirtiendo en piedra, primero los dedos, luego los pies y ahora también las piernas. Mientras Ella mantiene sus manos apoyadas, lo azul va subiendo por todo mi cuerpo hasta que en pocos segundos éste se vuelve azul sólido.

Entonces Ella suelta las manos e inmediatamente comienzo a evanescerme, a evaporarme, a convertirme primero en un gas azul y luego me voy disolviendo en el aire hasta desaparecer toda traza corporal. Ahora soy una presencia en la pieza. Una presencia que cubre todo el espacio de la pieza simultáneamente pero sin cuerpo ni forma, ni color, ni espacio. Esta presencia sale de la habitación hacia el espacio abierto.

Empiezo a subir, llego arriba donde está la casa del anciano sabio. Me presento como una presencia sutil. Me da la bienvenida.

- Has llegado en el momento oportuno.
- Perdón por mi irrupción anterior —digo.
- Fue adecuada, gracias a esa visita pudiste conocer el camino.
- Ahora sí me he liberado —agrego.
- Así es —dice —Está muy bien, muy bien.

Y luego de observarme quedamente, añade:

— Ya no eres cuerpo pero tienes un cuerpo para usar.

Súbitamente entro en el cuerpo del sabio. Miro el mundo desde él. Todo es transparente y luminoso, nítido, diáfano, limpio. Veo la gente, mi mundo, miro hacia la Tierra. Veo a quienes conozco. A mis cercanos, a los que sufren, a los que amo. Ahora observo la Tierra completa, a las gentes en las ciudades. Están conectados. Los miro a todos...

Pasan unos minutos y recupero mi materialidad. Una vez más hay peso, volumen, cuerpo. Busco al anciano pero éste se ha desvanecido y en su lugar hay sólo un paño blanco tirado en el suelo.

Vuelvo a la tierra por un rayo luminoso. Me muevo y el rayo se desplaza conmigo. Saludo a la gente, me saludan y descubro que ellos no lo ven.

Miro hacia arriba y puedo ver hasta el final, cada detalle, donde termina, donde está la casa del sabio.

Él está de nuevo ahí, haciendo sus cosas.

XII.- Lo Profundo

Todo se ha silenciado. Todo ha desaparecido. Los recuerdos ya no son recuerdos, la mirada nada ve y el oído nada escucha. El pasado no ha sucedido y el futuro no está por llegar. Nada fue y nada será. “Lo que respira” dejó de respirar. “Lo que vibra” dejó de vibrar. Ni Pasada ni Diosa, ni Guía ni río. Ni tribu ni desierto, ni recuerdo ni futuro. Nada es.

Ni ruido ni silencio, ni día ni noche, ni luz ni sombra, ni vida ni muerte. Nada es, nada fue y nada será.

El Tiempo dejó de transcurrir y el Espacio dejó de estar.

CONTENIDO

A manera de introducción	2
I.- El Mirador de las Estrellas	7
II.- La Ciudad de mi Guía	13
III.- El Yoni Lingam	15
IV.- El Río Sagrado.....	19
V.- La Diosa.....	22
VI.- El Maestro	25
VII.- Contacto	27
VIII.- Energía.....	29
IX.- Fusión	30
X.- El Plan.....	32
XI.- La Conversión	35
XII.- Lo Profundo	37